

FRANCISCO PROAÑO ARANDI,
Desde el silencio,
 Quito, Alfaguara, 2014, 205 p.

Debe ser usted un lector de novelas policiales –dije, sarcástico–. Pero, ante la realidad, nada de lo que en esas novelas se invente sirve de algo. La realidad es muy distinta, si quiere saberlo.
 F. Proaño Arandi, *Desde el silencio*.

Desde el silencio de Francisco Proaño Arandi (Cuenca, 1944), se nos propone como un “memorial”, según lo define el narrador, que teje sabiamente la reconstrucción de unos hechos que, como en toda buena historia de corte policial, su desenlace es un asombro que a todos nos dejará patidifusos, muy dispuestos a recomenzar la aventura de una nueva lectura. Y no porque se nos hayan escapado indicios que no logramos desmontar al seguir el ritmo al que nos somete el autor de este enigma, el capitán de policía, Luis Alberto Jiménez, sino por el embrujo con que, al informar de sus pesquisas, todos vamos como sintiéndonos cómplices (como tiene que ser en todo relato que se precie de ser novelesco). Cómplices de una historia que también nos hipnotiza por la fuerza, esa capacidad de subyugar, de someternos del lenguaje con que está reconstruido el drama de un fiscal de la República llamado Federico Altamirano, que a más de ser un devoto del universo encantado y alucinado de las ninfas o lolitas, para usar el referente de Nabokov, es un poseído por la poesía de los malditos del siglo XIX y la pintura del melancólico, otro deslumbrado por los

hechizos de las ninfas, Balthus. Obsesión que en su momento terminará por ser su condena, pero que Proaño Arandi se ha encargado de hilvanar de manera tan estratégica que, como en toda gran novela, le da a los lectores todos los elementos necesarios para que saquen sus propias conclusiones. Cumpliendo así aquel apotegma de Borges, de que a un escritor le está permitido contar una historia, no su moraleja.

En sus 31 unidades o capítulos, más la hermenéutica que se ofrece como un correlato de las diez obras pictóricas (concebidas por Juan Carlos Altamirano, uno de los hijos del fiscal quien en su hora desaparece “sin dejar rastro”) que ensamblan el texto, el lector asiste al develamiento no solo de un enigma –uno de los elementos con los que Proaño juega o entra en diálogo respecto a la tradición del policial o novela negra que en Latinoamérica tiene sus peculiaridades– sino de lo que implican, además del precio que todos tienen que pagar con relación a los secretos de familia, el ocultamiento de ciertas verdades atroces, confesadas a media voz como fue el abuso de la adolescente Inés (sobrina de Carolina Regalado, la esposa de Altamirano) en manos del patriarca de la familia. El fiscal, como todo hombre público, tiene, al igual que el personaje de Oscar Wilde en su célebre y maldita novela, una vida doble que se mueve entre su condición de un sujeto que debe impartir justicia a nombre de toda una sociedad, y lo que son sus goces clandestinos que, como todo goce –según Bataille– está atravesado por el dolor y la crueldad. Pero cuando el secreto

de Altamirano, que cada lector irá reconstruyendo azorado de la mano del investigador Jiménez, abandona el terreno de lo privado o lo clandestino y se convierte en público, él mismo es legitimado (y justificado) por la autoridad matriarcal desde la imposición del silencio a todo el círculo familiar. Se trata de una medida draconiana, a expensas de quienes incluso han participado de un ritual sin consentimiento alguno, pero que siendo despojados de su inocencia primera son convertidos en los presuntos culpables; pues, como anota Carolina desde una visión burguesa, su marido es “al fin y al cabo” un “hombre”, por tanto todo le estaba permitido y dado.

Quizás ahí resida una de las metáforas más corrosivas, por tanto más despiadadas, respecto no solo a lo que significa la estructura del poder y de los supuestos valores de la sociedad patriarcal burguesa; de ahí que también resulte desconcertante el papel del investigador Jiménez, quien no solo es el funcionario que por obligación tiene que indagar, tratando de esclarecer un hecho que, en primera instancia, se presenta con los visos de ser un “suicidio arreglado”; argumento que al buen sabueso no lo convence por completo. Desconcierta el papel de Jiménez dado que, como todo descifrador de enigmas, su relación con los posibles sospechosos, que de entrada es toda la familia Altamirano –incluso Rosa, la empleada doméstica–, termina por ser la de quien se siente seducido e involucrado con los actores de este drama; giro que lo convertirá en un cronista que va inventariando la condición de Carolina Regalado, sus hijos: Juan

Carlos, Diego y Clara Luz, más la presencia del amigo de Federico, el abogado Meneses y la prima Inés, víctima de los delirios del fiscal. Inés es como una sombra, el fantasma incómodo del que las familias siempre se quieren deshacer pero sus lazos dudosos con el pasado, la configuración de una culpa no aclarada ni explicada, les impide borrarlos, a pesar de haberse declarado su expulsión de ese paraíso artificial.

Un mundo que en su momento gozó del prestigio y la fama de quienes veían en los Altamirano-Regalado a la sacrosanta y sólida familia del medio, ejemplo a seguir “para las presentes y futuras generaciones”, como reza el protocolo de la tradición burguesa. Pero sucede, Tolstoi lo anota en *Ana Karenina*, “todas las familias felices se parecen entre sí; las infelices son desgraciadas a su propia manera”. La de esta historia participaba, en cierto tiempo, de una dicha que, como la impostura, el doble discurso o las triquiñuelas que un fiscal como Altamirano (metáfora de todos los que se le parezcan), tenía que inventar para lograr preservar un orden político que él, en tanto hombre de la Ley y agente de justicia burguesa, sabía que se sostenía en un mar de hipocresías, acuerdos oscuros y jugadas sospechosas. Operación que permitía que el sistema, en su perversidad sutil, se muestre supuestamente efectivo; un orden familiar que por su lado reproduce las mismas taras, los mismos complejos y perversiones de ese orden social y político en el que la mejor manera de guardar lo que los avergüenza (parte de su propia condición y dimensión

humana), termina por ser sepultado bajo el silencio.

Por tanto el silencio, dentro del orbe familiar de los Altamirano-Regalado, como en el cuerpo social, pasará a convertirse en una política de continuos ocultamientos, de desprecios que se irán sorteando en aras de mantener el orden y la estructura, sobre todo por lo que implica y significa para ellos “lo que dirán los otros”, o sea sus pares. Una política que se impone sin considerar ni reparar en lo que son, lo que serán, lo que sienten, piensan y sospechan los otros, los hijos y la hija que se transforman en los corderos de un ritual que buscar legitimarse desde y a partir de lo que son las imposturas, no la aceptación ni la posibilidad de la justicia (que por igual es parte del entramado del poder burgués). Pues sucede que esos testigos, más que saber es lo que sospechan de manera impostergable, pues muy a su pesar se han convertido en cómplices de algo que respiran dentro de una casa tomada por quienes los han declarado sus prisioneros, sus rehenes. Lo peor, después de cinco años, lo único que confirman todas estas criaturas, es que el tiempo no ha curado ni ha cicatrizado nada; todo lo contrario, el tiempo se ha encargado de resucitar a aquellos fantasmas que retornan por su paga.

Pero ¿quién supo, antes que los supuestos o probables responsables de la muerte de Altamirano, lo que se estaba tejiendo a espaldas, o delante de todos los dichosos miembros de esta familia feliz?, ¿quién deletreó, quién fue estableciendo cada código de lo que son sus gestos displicentes, pero por eso protervos?; ¿quién los

retrató con la fuerza de unas manchas, como Jackson Pollock hizo con las brutalidades que la sociedad de la abundancia y la vehemencia engendraba como hijos desolados, dentro de un lienzo que es el espejo donde todos se saben mencionados y acallados?

Sin duda que es aquel que desde el otro silencio, ese que a partir de la condición y la sensibilidad del artista se convierte en el más avasallador, el más repulsivo y revulsivo, el más implacable de los testigos. Es lo que Carolina, la madre, más que el mismo Federico, pretendía obviar, sacarle el cuerpo porque intuía que el dictador de ese testigo dispuesto a retratarlos sin piedad, sería inapelable. Esa presencia silente, pero por eso feroz, es la del autor de cada uno de los cuadros que le permiten al redactor de este memorial (Jiménez), convertirlo en una suerte de paratexto en el que todo está deconstruido, pero a la vez todo se vuelve a convertir en un signo o mancha. Ese grito atroz, inaudible y sonoro de la criatura de Munch pero que solo el extraño y solitario Juan Carlos Altamirano puede aprehender y convertir en una serie gráfica –reveladora en su abstracción–, en el delirio que desde la poesía del trazo y el color se logra orquestar.

Cada uno de estos diez cuadros o capítulos coadyuvantes son ensayos, interpretaciones críticas, que en el contexto de la historia se convierten en un contrapunto y, sin renunciar a su autonomía, fijan aquellos indicios que enriquecen los niveles de suspenso del relato, por cierto manejado con maestría por Proaño Arandi. De pronto, se asumen en esa otra voz

que es capaz de romper, de licuar —en un tiempo líquido como el que enfrentamos en el posneoliberalismo— el silencio que el poder familiar o el poder de los otros impone como una norma supuestamente incuestionable e intocable. Sin duda, Proaño Arandi sabe, como su alter ego Jiménez, que es el arte y su poder el que siempre será un espacio y territorio donde todas las utopías —las viejas, las modernas y las por venir— pueden y estarán en continuo desafío de lo que ese poder, que busca instaurar el silencio como una norma, como una falsa moral, no llegará a conseguir jamás. Así como en el juego de las imposturas termina por estrellarse Carolina Regalado, la matrona que desde la defensa de una ética desvaída, lo único que ha logrado es convertir en un infierno la vida de quienes, en su momento, empezaron a exigir se les explique lo que hasta entonces era la sombra de una amenaza que los ha puesto al borde del abismo y la disolución no solo familiar, sino humana.

Tenía razón Pablo Palacio, como todo un prestidigitador, cuando en 1926 antepuso como epígrafe de su célebre y escalofriante cuento, “Un hombre muerto a puntapiés”, que “esclarecer la verdad es acción moralizadora”. Sucede que quienes, en esta historia, plantean esa demanda, están fuera de la matriz del poder, aunque se supone que son parte de él: los hijos de Altamirano, como el mismo cronista y pesquisa Jiménez. Es en los márgenes, no desde el poder —parecería ser lo que nos sugiere Francisco Proaño Arandi a través de esta intensa, compleja y lograda novela—, desde donde se pregunta y exige el esclare-

cimiento de una verdad que, como todos sospechamos, siempre es una construcción que, a partir de las familias del poder y el poder de esas familias (hablo de las sociedades secuestradas por esos clanes), esa “verdad” es una construcción que ellos luego convierten en parte de sus historias oficiales o patrias, pero que gracias a Dios y a un majadero indomesticable como Cervantes, la literatura, y la novela de manera particular, convierten en esa Otra historia. En esa biografía secreta e imparabla de la que esas familias, como las naciones a pesar de sus maquinarias estatales, poco han podido hacer para aplacalarlas.

Desde el silencio no solo que es prueba de ello, sino que está inserta, por tanto rompe con una rica tradición, de la que en su momento supieron abreviar los grandes autores de la narrativa ecuatoriana y latinoamericana de las vanguardias, y luego esa transvanguardia que fue el *boom* de los 60, me refiero a la novela negra y el policial. Eso le ha permitido al autor ecuatoriano, a más de saquear legítimamente algunos recursos, entrar en diálogo con esa tradición para resignificarla, como en su hora lo hicieron narradores como Piglia, Puig, Roberto Bolaño o Rubem Fonseca, para solo mencionar los actuales o posmodernos.

Novela perturbadora, que dentro de la obra de Proaño Arandi, como de la narrativa ecuatoriana, marca un giro, una ruptura, aunque es leal a lo que son los signos de su rico y siempre complejo universo literario en el que rotan novelas como *Antiguas caras en el espejo* (1984), *Del otro lado de las cosas* (1993), *Tratado*

del amor clandestino (2008), *El sabor de la condena* (2009) y sus diversos y siempre desconcertantes cuentarios. En esta ocasión, lo barroco, lo vago, el ritmo pausado, ha dado paso a un lenguaje que mantiene el nivel, la agitación del suspenso y del delirio de manera avasalladora; lo abstracto, lo no dicho (por ejemplo, el lúcido juego de lo ambiguo respecto a la identidad de quién atentó contra el fiscal o “arregló” su suicidio), se suma a lo que está fuera del relato, en ese otro texto que los lectores y lectoras encontrarán tatuado en cada uno de los lienzos en los que se nos va develando parte de un misterio que, si en su momento se busca desmontar,

solo es para (como en toda novela que encanta y desconcierta por su brutal y demoledora belleza), tratar de convencernos sobre cuál es nuestro grado de complicidad en esta historia, en la que los inocentes todavía siguen preguntando –entre uno y otro grito desbordado– dónde están las puertas que los llevarán al cielo que siempre les han prometido, pero que unos cuantos, desde sus tinglados de poder, no han dejado de escamoteárselo.

RAÚL SERRANO SÁNCHEZ
ÁREA DE LETRAS, UNIVERSIDAD
ANDINA SIMÓN BOLÍVAR,
SEDE ECUADOR